

gunda escuadra de Egipto cargada de tropas, la incendió y la echó á pique á la vista del gran visir.

XXVIII

Diez y ocho meses iban consumidos sin mas resultado que millares de víctimas. El duque de Saboya que había puesto á sueldo de los venecianos algunos regimientos, los retiró á instigacion de Kiuperli en la primavera de 1668. El marqués de Villa que los mandaba, obedeció con pena á su príncipe, vanamente reprendido por el papa. El marqués de Saint-André Montbrun, general de los voluntarios de Francia en Creta, le sucedió en el mando de la plaza. Los venecianos querian halagar con esta deferencia el orgullo de Luis XIV, y forzarlo á socorrer á su propia nobleza muriendo por su fé.

El rey permitió al duque de La Feuillade, tan valiente en el campo de batalla como servil y adulator en las córtes, que alistase quinientos oficiales de los ejércitos de Condé y de Turena, y cuatro mil veteranos para Candia. La juventud selecta de Francia, los

Fenelon, los Sevigné, hijo de la mujer que ilustró este nombre, los Villemor, los Chateau-Thierry, los Saint-Paul habian partido con Beaufort; quinientos caballeros italianos se habian unido á ellos. Estos refuerzos reponian las bajas hechas por el cañon turco; pero esta juventud, ávida de hazañas, sufría con impaciencia la guerra metódica y defensiva que la pericia de Morosini imponía á su guarnicion ante un ejército seis veces superior en número y en caballería.

El 16 de diciembre, los seis mil franceses, forzando las consignas, cayeron con el ímpetu de su raza sobre los genízaros, forzaron su campamento, los persiguieron, lo conquistaron por un momento, y despues de haber acuchillado á dos mil, desafiaron á todo el ejército de Kiuperli. La Feuillade y sus principales oficiales afectaban tal desprecio hácia los turcos, que desdeñaban el desenvainar su espada sobre aquella horda, y galopaban, como Murat por entre los cosacos, por entre los spahis, con un látigo en la mano. Su desafio, su jactancia, y su temeridad les costaron miles de valientes al volver al campamento.

Kiuperli, los cargó á la cabeza de los topschis y de los genízaros, y mató cuatro mil entre la ciudad y su campamento. Villemor, Tavannes, cuarenta amigos de La Feuillade murieron; Fenelon vió á su hijo caer á sus piés sin poder siquiera arrancar su cadáver del

poder de los genízaros ; Aubusson , Sevigné , Montmorin , Crequy , La Feuillade regresaron diezmados , teñidos en su propia sangre , y casi solos , y entraron por la misma puerta que habían forzado por la mañana para afrentar á los prudentes venecianos. Desalentólos una guerra de disciplina y de constancia , tan opuesta á su genio aventurero ; murmuraron contra la timidez de Morosini , que criticaba á su vez la jactancia francesa. Se reembarcaron por fin , no sacando de su campaña mas que una gloria estéril , la estimacion de los turcos , y la justa cólera de los venecianos.

XXIX

La Feuillade , curado de sus heridas , no desesperó de la suerte de Candia : ayudó á los enviados de Venecia á Paris y al legado del papa para que lograsen del rey el auxilio de veinte regimientos. El duque de Beaufort , héroe y tribuno de la Fronda en tiempo de Mazarino , perdida su popularidad , pero no amenguado su valor , buscaba en la guerra las aventuras que había buscado ya en las sediciones. Embarcóse , poco tiempo despues que La Feuillade para Candia. El 19 de ju-

nio de 1669 llegó allí con una escuadra de catorce buques , cargada de tropas á sus órdenes y á las del duque de Navailles. Los mosqueteros de la guardia de Luis XIV y cinco mil voluntarios franceses saltaron en tierra bajo el fuego de las baterias de los turcos.

La ciudad no era mas que un monton de ruinas , en que acampaban algunos miles de defensores. Estos caballeros , apénas desembarcaron , forzaron á Morosini á que los dejara afrontar el fuego de los otomanos en campo raso ; se avergonzaban de abrigar su intrepidez detrás de fosos , bastiones y murallas. Sus jefes , el duque de Noailles , el duque de Beaufort , Castellane , Choiseul , Dampierre , Colbert , no prestaron oidos á las observaciones del general veneciano. Esta salida funesta , en la que los franceses fueron rechazados por los turcos , llevó en su seguimiento al enemigo hasta la puerta de la ciudad. Quinientos de entre ellos perecieron entre las murallas y el campamento de Kiuperli. Las cabezas cortadas de un conde de Rauzan , de un Lesdiguières , de un marqués de Uxelles , de un Castellane y de sesenta mosqueteros , fueron amontonadas delante de la tienda del gran visir.

El duque de Beaufort no volvió á aparecer. « Es « rubio y de elevada estatura , » escribió Morosini , pidiéndole vivo ó muerto á los enemigos. « Si vive os

« daremos por su rescate lo que pidais : si ha muerto, os pagaremos su cadáver á peso de oro. »

Buscósele inútilmente entre los muertos y prisioneros ; bien fuera porque hubiese perecido en una mina, bien porque se avergonzase de volver á la ciudad despues de una huida que humillaba su orgullo, ó porque hubiese dirigido su caballo á las soledades de la isla , no se oyó hablar mas de aquel brillante héroe de las guerras civiles de Francia. Mucho tiempo corrió el rumor de que se habia hecho ermitaño en las altas montañas de Creta, y que habia acabado en la penitencia y el desierto, una vida predestinada por sus vicisitudes á las aventuras de la guerra, de las revoluciones, del amor y de la religion.

XXX

El duque de Navailles, por una inexplicable versatilidad de partido, si acaso no fué por una orden secreta de Luis XIV, abandonó la ciudad á sus peligros despues de haberla comprometido con su ardor. Los franceses partieron á los dos meses de su desembarco. Esta defeccion, funesta á los venecianos y á su honor,

ocasionó la retirada de los auxiliares italianos, de los caballeros de Malta, y de los Alemanes de la guarnicion. Morosini les suplicó en vano que le dejasen tres mil hombres hasta el invierno ; nada pudo contener á estos infieles aliados. El héroe de Venecia se quedó solo con un puñado de valientes entre los escombros de sus fortificaciones, en frente de doscientos mil otomanos.

Kiuperli le ofreció por política tanto como por admiracion una capitulacion digna de su elevado carácter. Firmóse esta el 26 de setiembre y la cruz fué sustituida á la media luna sobre las ruinosas cúpulas de Candia. El bloqueo ó el sitio de esta capital de la Creta habia durado veinticinco años, y costado trescientos mil hombres á los vencedores. Jamás la ambicion sola hubiera dado tal perseverancia á un enemigo, tal constancia á los defensores ; pero Candia era el campo de batalla de dos religiones, y las religiones prolongan eternamente sus antipatías.

Kiuperli trató á Morosini como á un enemigo digno de él ; le concedió para él, sus soldados y los habitantes la libertad y el tiempo necesario para evacuar la isla. Solo quedaron en la ciudad dos sacerdotes griegos, una mujer y tres judíos. Kiuperli recibió de sus manos sobre la brecha del bastion de Saint-André, llamado hoy el bastion de la Conquista, las ochenta

y tres llaves de la ciudad en una bandeja de plata. Morosini se embarcó para Venecia, en donde halló calumniadores que lo acusaban de haber vendido la Creta, un proceso político y una cárcel. La ingratitude obstinada de su patria no disminuyó el patriotismo de este grande hombre, á quien debian volver á ver los turcos en Morea como al Anibal de los otomanos.

XXXI

La noche de la capitulacion, Kiuperli escribió por la vez primera al sultan, á quien habia jurado no enviar otra carta que la de la victoria. Al dia siguiente cumplió con tierna y filial piedad un deber grato á su corazon; fué á rendir homenaje de su triunfo á los piés de su madre en el pueblo de Emadia, próximo á su campamento. Esta mujer de espíritu elevado, valiente y virtuosa, habia querido seguir á su hijo á la expedicion, para fortificarlo en los reveses, ó para gozar de su triunfo. El gran visir escuchaba con respeto sus consejos, y se envanecia con deber á su madre sus mas generosas y acertadas inspiraciones. De-

puso vertiendo lágrimas las llaves de la ciudad á sus piés, y la abrazó como á la fuente venerada de su vida y de su gloria.

Con mas afan de consolidar la conquista de Candia para los otomanos que de ir á ostentar su orgullo en Constantinopla, Kiuperli permaneció nueve meses en Creta para levantar las fortificaciones de las ciudades y organizar la administracion de las provincias. La numerosa poblacion griega, respetada por él en su religion, en sus propiedades y en sus costumbres, continuó convirtiendo la campiña de Creta en jardin del Mediterráneo y apéndice del Egipto.

XXXII

Nada habia perturbado gravemente el imperio, ni la córte, gobernados de léjos por Kiuperli, durante los tres años que duró su residencia en el campamento de Candia. El bajel que lo trasportaba á Europa ancló delante de la isla de Cos; el gran visir descansó en ella algunos dias con su madre, en sus graciosos paisajes, al borde de las fuentes sombreadas de naran-

jos, entre los recuerdos de su larga campaña y la preocupacion de los negocios que lo aguardaban en Andrinópolis. La aficion á la naturaleza, á la contemplacion y al sosiego, es como innata entre los otomanos. Lo mismo lo poseen los héroes mas activos como los sabios mas tranquilos.

Kiuperli consumió estos dias demasiado abreviados del estío en conversaciones filosóficas con los poetas y los historiadores que lo acompañaban, y con los libros, cuya lectura asidua nutria su alma. Desembarcó por fin en Rodosto, y encontró á Mahomet en Timurtasch, adonde este soberano habia llegado cazando para recibir él mismo á su visir. El sultan no tenia celos de una gloria que le parecia la suya propia. Puso de nuevo el imperio engrandecido en manos de su ministro. Su fanatismo obligó á Kiuperli á ensañarse con los infractores del Coran, y sobre todo con los bebedores de vino griego. El visir, sin escrúpulo acerca de la observancia de este precepto, habia aprendido en sus campañas de Creta y de Hungria, á saborear con templanza la bebida que mueve la imaginacion de los poetas y el valor de los guerreros. « Durante los quince dias que habia pasado á la sombra de los naranjos de la isla de Cos, « al márgen de sus fuentes cristalinas, rodeado únicamente de las personas de su confianza, » dice un

historiador turco, « Kiuperli, olvidando los negocios « de Estado, habia hecho enfriar el vino dulce de « Methymnes en el manantial de Homero, que mur- « muraba junto á él. »

XXXIII

Luis XIV envió á su embajador M. de Nointel á Constantinopla, con una escuadrilla de cinco buques al mando de M. de Apremont. No habiendo disparado las baterías del serrallo por resentimiento del caimakan contra la conducta ambigua de la Francia en la guerra de Creta y de Hungria, la escuadra pasó por delante del serrallo sin saludar el palacio del sultan. La Validé presenciaba desde el balcon del kiosko *del mar* la entrada de los bajeles franceses. Ofendidos por el silencio de sus cañones, los otomanos murmuraban en la playa. Un tiro, disparado por un barco turco, hirió á un marinero de la escuadra; un combate naval iba á ser su consecuencia. La sultana, admiradora de los franceses, se interpuso, é hizo rogar á M. de Apremont que la saludase al dia siguiente con su artillería cuando atravesara el Bós-

foro en direccion de su palacio de Scutari. Los franceses concedieron á una mujer, madre del soberano, lo que habian negado al representante del imperio.

Despues de esta reconciliacion, M. de Nointel, hizo su entrada solemne en Constantinopla. Llamado luego á Andrinópolis, fué recibido friamente por Kiuperli y por el sultan. Habiendo hablado en su conferencia con el gran visir de las armas de Luis XIV jóven á la sazón : « Vuestro padischah, » le dijo, « es « el padischah de un gran pueblo, pero su espada « está virgen todavía. » Esto no obstante, M. de Nointel obtuvo la firma de nuevas capitulaciones en sesenta y un artículos, favorables al comercio francés, al derecho de proteccion de la Francia en los Santos Lugares, y en favor de los peregrinos.

M. de Nointel se aprovechó de su estancia en Turquía y sus privilegios de embajador para visitar uno de los primeros las ruinas y los sitios del Archipiélago y de la Grecia. Seguido de quinientas personas, entre las cuales iban dibujantes, pintores y eruditos, exploró las bellezas de la naturaleza y los vestigios de la antigüedad griega y romana, en aquel teatro, hoy desierto, del mundo antiguo. Descubrió la gruta maravillosa de Antiparos, en que las estalactitas de caprichosas formas brillaron iluminadas por millares de antorchas en la noche de la natividad de Cristo,

cuya conmemoracion hizo celebrar en aquel templo natural.

XXXIV

Los húngaros austriacos enviaron en la misma época á uno de sus magnates, al conde Zriny, á Andrinópolis á ofrecer un tributo anual de sesenta mil ducados á la Puerta, si Kiuperli queria sustraerlos, segun la expresion de su embajador, á la tiranía de los alemanes y de los jesuitas, que violentaban su libertad y su conciencia. Kiuperli, atento á otras partes del imperio, eludió sin rechazarlas las ofertas de los magnates de la baja Hungria.

Los cosacos del Don, raza perpétuamente flotante entre los rusos, los tártaros, los polacos y los turcos, se habian dividido en dos facciones, de las cuales, la una habia nombrado hetman á Brukozki, adicto á los rusos; la otra á Doroszenko, hetman de los cosacos del *Cañaveral*. Doroszenko, atacado contra la voluntad de la Puerta por los polacos, aliados entónces de los rusos, reclamó la proteccion de la Turquía, y recibió la investidura y las colas de caballo, signo de

su nacionalización entre los protegidos de los otomanos. La alianza de los cosacos que ocupaban el vasto territorio indeciso entre el Dnieper y el Dniester, daba una frontera sólida á los turcos contra la inconstante Polonia y la hostilidad de los rusos.

Kiuperli marchó con ciento cincuenta mil hombres contra los polacos, que acababan de invadir las tierras de los cosacos. El sultán, cansado esta vez de una ociosidad que le hacía dar el apodo humillante de Avadji (cazador), siguió al ejército, que pasó el Danubio, y avanzó hácia la fortaleza polaca de Kaminiéc, construida sobre una roca cercada por el Smotrix, que lame sus muros. Su rápida caída acarreó la de toda la Podolia. La Polonia vencida y humillada imploró por medio de Juan Sobieski, su héroe futuro, que se aplazase el tributo de trescientos mil ducados, precio de la paz que acababa de comprar.

Sobieski, el único hombre de su nación que no desesperó de su patria, fué nombrado comandante general de los restos del ejército vencido. Aguardó en Choczim, ó una paz mas honrosa ó una batalla desesperada contra los turcos. Los valacos y los moldavos de las tropas de Kiuperli se pasaron á Sobieski en lo recio del combate. El Dniester, apénas deshelado se tragó los turcos á millares á causa del rompimiento de un puente de barcas; los demás separados por el

rio, del centro del ejército, perecieron bajo el cañón de Choczim y del sable de los polacos. Sobieski conquistó en la jornada la estimación, el entusiasmo y el trono de su patria. Su genio militar brilló de repente con la fortuna realizada de los sármatas. Un hombre había resucitado un pueblo.

Negocióse la paz con bases mas equitativas. El sultán y el visir volvieron con el ejército á discutir á Andrinópolis.

Las fiestas del serrallo con motivo de la circuncisión de su hijo, borraron de la memoria de Mahomet IV el revés de Choczim.

XXXV

Las tres sultanas Tarkhan, Gulmisch y una nueva, llamada la pequeña favorita, (sin que la historia la designe de otro modo), asistieron segun costumbre á esta magnífica ceremonia, juntamente *bautismo* y *toga viril* de los príncipes musulmanes. Las tres derramaron, dice Abdi, lágrimas copiosas, al oír los gritos de dolor del jóven Mustafá, hijo de Gulmisch, *la de los labios de rosa*; pero estas lágrimas femeninas

no corrian, añade, de la misma fuente, ni tenían la misma significacion. Gulmisch lloraba de júbilo viendo á su primogénito, hijo único del sultan, consagrado con tan augusta ceremonia para el trono, que habia de compartir con ella; la pequeña favorita lloraba de dolor y de celos, á causa de su esterilidad: en fin, la sultana Validé Tarkhan lloraba de angustia por el siniestro porvenir de su hijo Suleiman, cuya vida inútil sino peligrosa en lo sucesivo para su hermano Mahomet, podia ser sacrificada á cada paso por la aficion del sultan al hijo de Gulmisch.

En efecto, temiendo este dejar en Suleiman un competidor á su hijo Mustafá, premeditaba un crimen que la tradicion, las leyes, y el ejemplo le presentaban como un acto de prevision y casi como una virtud política. Si algo lo hacia vacilar, eran las súplicas y el llanto de la Validé, y las gracias inocentes del niño. Muchas veces habia dado y revocado la orden fatal; algunas semanas ántes de la circuncision de Mustafá, turbado aun en sueños por este pensamiento de asesinato, se habia levantado con sobresalto de su lecho, y habia entrado con el puñal en la mano en la habitacion de la Validé para herir él mismo miéntras dormia, al hermano que le inspiraba compasion á pesar suyo; pero Suleiman estaba acostado en el cuarto y al lado de su madre que presentia

con corazon maternal el peligro que corria su hijo.

Despertada al ruido de los pasos de Mahomet, y aterrada á la vista del puñal, habia saltado del lecho y habia cubierto á Suleiman con su cuerpo. El sultan, conmovido por los sollozos de su madre, temeroso de sus maldiciones, habia dejado caer el acero de la mano, y habia vuelto á su apartamento, humillado por su debilidad.

Kiuperli lo disuadia de afianzar el trono con un crimen, que deshonoraba á la humanidad. Su oposicion constante y eficaz á estos golpes de Estado por el asesinato político le valian la gratitud y el apoyo de la sultana madre. La pequeña favorita, regalo reciente de la Validé á su hijo, y adicta por rivalidad á su protectora, defendia los dias de Suleiman, y lo adoptaba en su corazon á falta de hijo propio. En fin, Gulmisch, á pesar de su cariño á Mustafá, no solicitaba un crimen que le hubiera atraido el aborrecimiento y la venganza de la madre de su esposo; reconocida á Kiuperli que le habia conquistado su reino de Creta, continuaba favoreciéndole con su influjo semi-absoluto en el haren; de suerte que, estas tres mujeres, rivales bajo ciertos aspectos las unas de las otras, concurrían por interés particular á proteger á Suleiman, y á consolidar la fortuna de Kiuperli, que era en realidad la de su ambicion y la del imperio.

XXXVI

Nada la turbaba en aquellos momentos mas que las disensiones eternas, pero de poca gravedad, entre los latinos y los griegos, relativas á los privilegios de posesion de los Santos Lugares de Jerusalén y los santuarios inmediatos, consagrados á los misterios cristianos.

El embajador francés, Mr. de Nointel, bajo el pretexto de ejercer el derecho de proteccion nacional que las últimas capitulaciones concedian á la Francia sobre los privilegios de los católicos, de los conventos y de las peregrinaciones, habia querido visitar él mismo á Jerusalén, con toda la pompa y la autoridad de un representante de Luis XIV. Su impolítica parcialidad habia reanimado las querellas de los griegos, concediendo á los latinos, por una extension abusiva de las capitulaciones, la posesion esclusiva de las llaves del Santo Sepulcro, de la iglesia de Bethlem, juntamente con el uso de los candelabros y los tapices que habian pertenecido constantemente á los griegos.

El divan importunado como en nuestros dias por

estas disputas incesantes entre frailes que representaban algunos millares de católicos latinos y el patriarca representante de ocho millones de cristianos griegos, súbditos del imperio, dió una decision conforme con la de Amurat IV, que restituia á los griegos la posesion de sus privilegios en los Santos Lugares. Esta misma cuestion, desgraciadamente renovada en estos tiempos, ha encendido en el altar el fuego que devora en este momento al Oriente.

XXXVII

Todo prosperaba en el imperio. Sobieski, su único enemigo, despues de una nueva y gloriosa campaña en Zurawno contra Ibraim-bajá y contra los tártaros, en la que habia contenido á doscientos mil hombres con quince mil sármatas, defendidos por el Dniester, acababa de concluir una paz modesta, pero necesaria á su nacion, entre los dos campamentos. La Polonia, á pesar de sus dos victorias, perdía por este tratado la Podolia y la Ukrania; pero en cambio habia engendrado un héroe. Kiuperli podia destruirla con los

doscientos mil soldados de Mahomet IV, los tártaros y los cosacos reunidos entónces contra los polacos; pero era demasiado político para abusar de su fuerza contra un estado que no podia inspirar recelos á la Turquía, y que ántes al contrario, podia ser, como en los períodos precedentes, su vanguardia contra los rusos, los húngaros ó los alemanes.

Los sármatas, según Kiuperli, eran los mas valientes ginetes de Europa; pero su carácter era tan ligero como la arena de sus estepas. La Polonia era alternativamente un campamento ó una faccion: jamás era un gobierno con pensamientos persistentes, temido de sus vecinos; era menester reprimirla, pero no aniquilarla. Él la admiraba sin temerla. El fondo de estas ideas era cierto; pero no estaba lejano el dia en que bajo la mano de Sobieski, esta faccion ecuestre, convertida en ejército invencible, iba á vengar el Danubio y salvar la Alemania.

La muerte prematura de Kiuperli anticipó esta hora. Como Pitt, sucumbia lentamente bajo el peso de un imperio que gobernaba y sostenia, siendo su alma y su brazo desde los confines de la Ethiopia, del Tigris, del Eúfrates, del Don, del Adriático, hasta las fronteras del Austria. Su presencia de ánimo le ocultaba la flaqueza y el decaimiento de sus fuerzas corporales. Volviendo con el sultan de Constantinopla á

Andrinópolis, murió á dos jornadas de la capital, en una choza del pueblecillo de Karabeber, al cabo de una enfermedad de veinte dias.

Nunca habia perdido tanto el imperio en un solo hombre. Su virtud era tal, que nadie podia alegrarse de su muerte, y su vida estaba tan identificada con la grandeza de su nacion, que el imperio creyó morir con él. Para juzgar á este grande hombre, no es necesario un panegírico, basta recordar en qué estado de anarquía y de abatimiento habian encontrado los dos Kiuperli el trono y el imperio, y ver en que grado de seguridad y grandeza habian dejado padre é hijo aquel pueblo. ¡ Dichosos los hombres que no necesitan los elogios, porque su gloria está escrita en las fronteras y las instituciones de su país! ¡ Pero desgraciados de los pueblos que ponen sus destinos en la mano de un solo hombre de estado, por grande que sea, aunque fuese tan virtuoso y feliz como Kiuperli! ¡ Su reinado es magnífico, pero deleznable! Los individuos perecen, los pueblos se eternizan.